

Georgina García Gutiérrez Vélez (ed.). *La región más transparente en el siglo XXI. Homenaje a Carlos Fuentes y a su obra*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Fundación para las Letras Mexicanas, Universidad Veracruzana, 2012.

Cuando recibí el libro para preparar la presentación recordé un comentario del medievalista inglés C. S. Lewis en el que afirma que hay ciertos libros, como *La Divina Comedia* o *The Faerie Queen* de Edmund Spenser, que ameritan ser leídos en ediciones grandes, sólidas y pesadas pues en estos casos el tomar el libro en sí con las dos manos es parte esencial de su proceso de lectura, un proceso que nos invita a sumergirnos dentro de sus páginas y que posee incluso ciertos toques de rito y ceremonia.

Sin embargo, el hecho de que haya yo mencionado términos como medievalista, rito y ceremonia podría dar la impresión, muy equivocada por cierto, de que estamos hablando de una publicación con olor a viejo y propensa a acumular telarañas. Nada más lejos de la verdad. *La región más transparente en el siglo XXI* es un libro actual, diverso y sobre todo ágil gracias al hecho de que está dividido en once secciones temáticas que invitan al lector a establecer diálogos entre los distintos textos que conforman dichas secciones.

Este primer ejercicio “dialógico” se vuelve de tal modo contagioso que, al menos en mi caso, comencé a detectar varios otros temas que recorren el libro y que aparecen, una y otra vez, en distintas secciones y de múltiples modos, todos ellos muy sugerentes. Aquí podría mencionar temas tan fundamentales como nuestra tradición humanista mexicana, o tan actuales como el de la mujer y la escritura femenina. O tan fascinantes como la existencia misma de los libros, de los objetos en sí, aquellos que tomamos con las manos y la función, o funciones, que pueden desempeñar estos.

Es este último tema el que decidí explorar para esta presentación, sobre todo porque nos hallamos en una coyuntura en la que la existencia misma del libro como objeto está llena de interrogantes además de que la aparición y presentación del volumen que nos ocupa se da dentro del marco de la XXXIV Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, una de las ferias del libro más importantes de lengua española. Todo lo anterior invita pues a realizar este recorrido por las referencias a los libros en *La región más transparente en el siglo XXI*, un recorrido que, por cierto, no busca en lo más mínimo convertirse en una melancólica despedida a un objeto cultural en peligro de extinción. Más bien lo que me propongo es simplemente subrayar la presencia de estos viejos y, a su modo, silenciosos amigos que aún pueblan el mundo de Carlos Fuentes, de sus estudiosos y de los lectores a partir de

esta antología y ante la embestida creciente de libros electrónicos, tablets y ipads.

La presencia de los libros aparece a lo largo de *La región más transparente en el siglo XXI* de varias maneras y en distintos niveles. Aquí solo mencionaré algunas de las que me llamaron más la atención. En primer lugar, está el tema de los libros en sí, los libros como presencias e influencias importantes dentro de nuestras vidas en lo individual y lo colectivo. En el escrito de Juan Ramón de la Fuente, “México en Fuentes, Fuentes y México” se habla del peso que tuvo en el desarrollo de Carlos Fuentes el proyecto educativo de José Vasconcelos y de modo especial la publicación de los clásicos en la Universidad que el mismo Fuentes califica de “esperanzador” pues

era una manera de decirle a la mayoría de los mexicanos: un día, ustedes serán parte del centro, no del margen; un día, ustedes tendrán recursos para comprar un libro. El libro es educación de los sentidos a través del lenguaje, el libro es la amistad tangible, olfativa, táctil, visual que nos abre las puertas de la casa, el amor que nos hermana con el mundo porque compartimos el verbo del mundo. El libro es la infinitud de un país, la inalienable idea que nos hacemos dentro de nosotros mismos, de nuestros tiempos, de nuestro pasado deseado y de nuestro porvenir recordado; vividos todos los tiempos como deseo y memoria verbales, aquí y hoy (25).

Esta presencia de los libros en el texto de De la Fuente, se contrapuntea, de modo interesante con otro texto, el de Aurora Díez-Canedo, “Los hijos del conquistador: Historiografía y creación literaria”, en donde presenta, a partir de la obra de Fuentes, otro funcionamiento del universo libresco. Aquí lo que tenemos es una detallada crónica de la búsqueda y seguimiento que realizó la autora de los textos y documentos históricos más antiguos que sustentan esta novela de Carlos Fuentes. En primer lugar está “Conjuración del marqués del Valle”, una noticia histórica publicada por Manuel Orozco y Berra en 1853 que se basa a su vez en otra serie de documentos escritos. La otra fuente es *Tratado del descubrimiento de las Indias* (1598), un escrito publicado en México en 1945 en la Biblioteca del Estudiante Universitario con prólogo de Agustín Yáñez. Este recuento mío muy resumido busca, sobre todo, hacer hincapié en cómo el investigador debe realizar labores de detective, de arqueólogo, siguiendo todo tipo de rastros y de pistas en bibliotecas de más de un país para encontrar entre publicaciones muy viejas los distintos eslabones de una cadena y así poder armar la historia completa.

En “Un capítulo de la historia cultural del siglo xx: *La región más transparente* hace cincuenta años”, Georgina García Gutiérrez se acerca a la obra de

Fuentes y al tema de los libros pero desde aún otra perspectiva, una perspectiva seria pero entretenida que bordea en los estudios culturales y que incorpora diversos aspectos nuevos a nuestra forma tradicional de abordar un texto literario al verlos como artefactos culturales en sí mismos. Ella explora el contexto literario prestando particular atención a las publicaciones de otros autores que se dieron en la misma época en que aparece la novela de Fuentes. También escribe acerca de las características específicas de la publicación y recepción de *La región más transparente* y de cómo a partir de ello “la modernidad se instala en los ámbitos vinculados a la edición y a la promoción de libros” (59). Su estudio incluye una serie de datos detallados acerca de las cifras de edición, tiraje y ventas así como elementos novedosos como la descripción de la apariencia misma del libro. Nos dice, por ejemplo, que la primera edición constó de 463 páginas y la publicó el Fondo de Cultura Económico con un dibujo de Pedro Coronel en la portada que “representaba una figura alusiva al contenido de la obra: la muerte, lo autóctono, lo mestizo, lo europeo, la vida” (63).

Asimismo quiero mencionar el texto polémico pero muy interesante de Raquel Gutiérrez Estupiñán, “Voces (seudo) femeninas en la obra de Carlos Fuentes. Algunos ejemplos”, en el que hace referencia explícita a varias aseveraciones, o silencios —un asunto igualmente importante— de Carlos Fuentes, y a raíz de sus múltiples lecturas, sobre la presencia de escritoras en el panorama de la crítica y de la literatura en México. Raquel Gutiérrez cuenta acerca de cómo se pone a buscar en las páginas de numerosos libros como, por ejemplo, *La nueva novela hispanoamericana*, del mismo Fuentes o *México, país de ideas, país de novelas*, de Sara Sefchovich las opiniones u omisiones de Fuentes sobre esta cuestión aún poco tratada para ir las encadenando y así elaborar su propio argumento para una nueva publicación (un argumento que por cierto establece una postura bastante crítica con respecto a la posición de Fuentes) y que aparece en el libro que hoy nos ocupa. Acto seguido describe la presentación del libro (otra faceta interesante de la vida de los libros) *El naranjo o los círculos del tiempo* en septiembre de 1993 e incluso desempolva un comentario hecho por Carlos Fuentes ese día. Quiero aclarar que hablo de este caso porque sí marca otra forma en la que se buscan, revisan y encadenan libros viejos para dar vida a publicaciones y posturas muy nuevas.

El texto “La noción de progreso: una lectura de *La región más transparente*” de David García Pérez también presenta una serie de datos de gran interés ligados al tema que nos concierne, pues comenta que en 1997 Fuentes publica el ensayo *Por un progreso incluyente*, un libro que fue subvencionado por el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) de Elba Esther Gordillo. Una información escueta pero que pone sobre el tapete todo el universo de las gestiones que subyacen a la publicación material de un libro y que sin duda también conforman muchas veces un capítulo importante de la historia de un

libro. Lo anterior cobra aún más interés ya que el texto de David García Pérez nos sugiere que todo producto cultural se gesta dentro de un complejo entramado histórico, político y social y que los libros de Carlos Fuentes no son, ni pueden ser, una excepción pues nadie publica en el vacío.

Hasta aquí pues algunas de las referencias principales a los libros como objetos culturales que encontramos en *La región más transparente en el siglo XXI*, referencias ricas en sí y que al irse entretejiendo nos ofrecen material estimulante para reflexionar en torno a la presencia tangible de los libros en nuestras vidas y a las distintas acciones que realizan y funciones que desempeñan, todas ellas ausentes, o notablemente disminuidas, en las publicaciones electrónicas, en donde el contacto y la relación con un texto se da de otras maneras muy diferentes.

Antes de concluir quisiera aprovechar para decir que todas estas reflexiones se potencian aún más si también pensamos un momento en las fotos que aparecen en el libro. Aquí vemos a Fuentes siempre sumido en el universo de los libros y de la palabra escrita: en librerías o ferias de libros, con un libro en la mano, firmando ejemplares, además de una carta escrita con su puño y letra y las correcciones que hace a mano de la prueba de un capítulo de *Todas las familias felices*.

Incluso, creo que habiendo reflexionado acerca de las diversas presencias del libro en muchos de los textos que conforman *La región más transparente en el siglo XXI* es importante terminar con estas imágenes de un gran escritor inmerso en un universo poblado de libros, plumas y papeles de todo tipo. Esto nos brinda la visión de un Carlos Fuentes que, a diferencia de lo que le sucedió a Manuel Zamacona que muere una muerte violenta por no haber aprendido las lecciones de los textos que leyó, sí aprendió de los libros, de estos objetos amados de los que vivió rodeado y que además de cobijo y sabiduría le proporcionaron, y le proporcionan, la posibilidad tangible de seguir entre nosotros. Y a nosotros la posibilidad de sentir que aún podemos, de alguna manera, asirlo con las manos y establecer un contacto más directo, una sensación muy distinta a lo que sucede cuando prendemos nuestros ipads con solo la punta de los dedos.

CLAUDIA LUCOTTI  
Facultad de Filosofía y Letras